



EL CONCIERTO

IGNACIO PIEDRAHÍTA

ILUSTRACIÓN JAIME RAMÍREZ

S elene me invitó a un concierto en Castilla, el barrio donde ella había pasado su adolescencia. Justo después de mudarse allí con su familia, se integró a fondo con los sonidos del punk. Se salió del colegio, se cortó el pelo a su manera y comenzó a andar la calle con sus nuevos amigos. Algunos de ellos formaron una banda para componer e interpretar su propia música, y ahora se presentaban de nuevo, en el corazón del barrio, para volver a tocar esas canciones que los hicieron famosos en el circuito contracultural de la época.

El lugar del concierto era una cancha de fútbol, una planicie de arenilla robada al desplome general del relieve. En el momento en que llegamos, el cielo estaba todavía amarillento, pero las montañas comenzaban a recogerse en su propia oscuridad. Una multitud ocupaba el campo deportivo, en uno de cuyos extremos estaba ubicado el escenario. La música se colaba sin freno por entre la malla de acero del perímetro y hacía vibrar el barrio, de por sí agitado y bullicioso.

Caminamos de prisa por un costado de la cancha, mientras sonaban ya los golpes secos de la batería, las guitarras distorsionadas y una voz recia y provocadora.

Golpeando, pateando y empujando, los punkeros bailaban unos contra otros en el pogo. Algunos se desplazaban de manera caótica, como siguiendo el recorrido de un pato en un estanque,

mientras que otros se integraban a un gran remolino, formado en el centro de la muchedumbre, a una de cuyas orillas nos detuvimos. Desde allí podíamos observar la banda y contagiarnos del baile. Yo no solía entrar en el pogo, pero me gustaba estar cerca de esa energía desbordada. En Selene, sin embargo, podía notar la ansiedad de querer lanzarse en cualquier momento, como una estrella a punto de ser engullida por un agujero negro. Pero, quizá por la edad, o por la violencia del tema que sonaba, no se decidía.

Algunos de los que bailaban tenían toda la estética del movimiento punk. Cabelleras rapadas a los costados, con una cresta en el medio teñida de color. Camisetas recortadas a tijeretazos y pintadas por ellos mismos. Bluyines apretados, gastados y con rotos. Manillas y correas de tachés, aretes y perforaciones en la piel. Botas negras con platina de acero en la punta. Y, de la mano a la boca, una botella de vino casero que iba bajando rápidamente al ritmo rabioso de sencillos pero poderosos acordes de quinta.

Pestes-Mutantex, el grupo que interpretaba, era la reunión de dos viejas bandas de mediados de los ochenta. El baterista y el bajista pertenecían a La Peste, el guitarrista a Mutantex. Ambas habían tenido una existencia efímera, típica del punk, pero, veinticinco años después, se les había ocurrido la idea de formar una sola banda con los sobrevivientes —musicales— de la dos. No alcanzó, sin embargo, para un cantante, así que trajeron a un vocalista invitado.

—Voy a comprar algo para tomar —le dije a Selene—. Espérame aquí si quieres.

Fuera de la cancha, el barrio estaba en efervescencia. Las casas, de dos o tres plantas, una para cada familia, tenían un local comercial que daba a la vía pública.

Por estar ubicado sobre la montaña, la geografía de la pendiente se imponía sobre el trazado de las calles. De ahí que Selene soliera decir “subir” o “bajar” del barrio, cuando iba o venía de su casa, rumbo al centro de la ciudad, que no dejó de frecuentar. Pasaba casi todo el día y la noche oyendo punk con sus amigos en el atrio de la Catedral, cerca de mi apartamento. Yo me acercaba con frecuencia por allí y conversábamos. A pesar de lo borrachos que pudieran estar sus amigos con el coctel hechizo de *chamberlain*, hecho de alcohol alelí, malta y gaseosa, ella siempre estaba sobria y se apartaba de ellos para recibirme.

Compré media botella de ron y volví a la cancha. Selene bailaba sola, transportada por la música. Toqué suavemente su espalda para sacarla de su trance y le ofrecí un trago de ron, que ella apuró sin recato, directamente de la botella.

Yo había conocido el punk de la ciudad a través de la película *Rodrigo D – No futuro*, en cuya banda sonora se habían reunido las expresiones musicales de los jóvenes de aquel entonces. Eran los tiempos del narcotráfico y sus tentáculos habían encontrado en los muchachos de los barrios sus perfectas extensiones. Los usaban para que cometieran robos, secuestros y asesinatos, a cambio de dinero y de un prestigio que se extinguía con la propia muerte en cuestión de meses o incluso días. Ese ambiente de descomposición social creó las condiciones propicias para que el rock pesado calara en la juventud del momento. Cintas grabadas directamente de los ensayos y de los conciertos de las bandas, comenzaron a rodar por la ciudad.

De repente, Selene saltó a la espiral de pogo y se dejó llevar por la corriente. Miré extasiado su forma de moverse, armónica y violenta al mismo tiempo, saltando como un hada madrina malévola, mientras lanzaba patadas a diestra y siniestra. Esa manera de entregarse al destino y ver qué pasaba, siempre me había atraído, y tenerla cerca cuando estaba sola frente al azar me excitaba aún más.

De los chicos que encontraron en esta música una manera de expresarse, unos se fueron por el lado del metal y otros por el del punk. Los géneros eran diferentes, pero ambos provenían del rock, y eso los hermanaba. Sin embargo, existía una rivalidad musical que a veces pasaba a mayores. Víctor Gaviria, el director de la película, recogió ambas vertientes en un disco de acetato, el formato dominante en la época. Por un lado se grabaron las bandas de punk, y por el otro las de metal. La Peste y Mutantex se encargaron de casi todo el lado A.

De repente, Selene saltó a la espiral de pogo y se dejó llevar por la corriente. Miré extasiado su forma de moverse, armónica y violenta al mismo tiempo, saltando como un hada madrina malévola, mientras lanzaba patadas a diestra y siniestra. Esa manera de entregarse al destino y ver qué pasaba, siempre me había atraído, y tenerla cerca cuando estaba sola frente al azar me excitaba aún más. En un momento se le acercó una chica más joven y se pegaron duro, mientras los hombres, sin dejar de hacerles el honor con algún empujón, las protegían.

Había pocas mujeres en el punk local, a pesar de que en el mundo, tanto en Estados Unidos como en Inglaterra, dos de sus grandes figuras eran Patti Smith y Siouxsie Sioux. Abril y yo habíamos leído el libro *Éramos unos niños*, de Patti Smith, y ella se había aficionado de tal manera a la voz de la mujer que había comprado un poster para decorar su habitación. En su libro, la estrella del punk contaba sus años juveniles, al lado de su amado Robert Mapplethorpe, cuando vivían en Nueva York y estaban permanentemente inspirados. Más tarde, yo había leído otros libros sobre el movimiento musical, incluyendo los dos de David Viola, el cantante y líder del grupo I.R.A., quizá el más importante de la ciudad. Contrario a muchos de los grupos de punk, Infección Respiratoria Aguda se las había arreglado para permanecer en el tiempo.

En la escena de la ciudad, las mujeres estaban concentradas no solo en una única banda, sino en una familia. Las hermanas Vicky y Piedad, con su banda Fértil miseria, también habían seguido tocando a lo largo de todos esos años. Las dos mujeres no solo tenían su banda, sino que fueron las organizadoras de muchas de las presentaciones de la época. A lo largo de su vida como punkera, Vicky había perdido el pelo, y llevaba su calva cabeza totalmente tatuada.

Yo rara vez asistía a los conciertos de esos primeros años, pero Selene me hacía el relato de todo lo que sucedía en ellos. Los había pequeños, en casas o en la sede de la acción comunal del propio barrio, y grandes, como el de *La Batalla*

de las Bandas, en la plaza de toros de la ciudad. En ninguno, sin embargo, faltaban los inconvenientes, de modo que las presentaciones a menudo se truncaban, ya fuera por quejas de los vecinos o por el imprevisto de que alguien sacaba un cuchillo en medio del pogo. En *La Batalla* no pudo aun tocar la mitad de los grupos que estaban programados. Recuerdo aquel sábado por la tarde cuando Selene y sus amigos recién llegaban del concierto. Tenían polvo en el pelo y en la ropa, y algunos estaban empapados a pesar de la tarde soleada. Me parece como si yo hubiera estado allí, pero en realidad son las palabras de Selene grabadas en mi memoria, contándome visiones imposibles. Un hombre había llevado un corazón de vaca y lo escurría sobre su rostro. Otro bailaba pidiendo que lo escupieran por todo el cuerpo. El vocalista de un grupo salió manchado de un líquido rojo, para crear la idea de que estaba herido. La gente estaba enloquecida, era una verdadera apoteosis apartada del mundo real. Se presentaron Parabellum, Danger y Mierda, y tal era el éxtasis que el momento parecía una hecatombe, esa fiesta sin freno de los griegos a los dioses paganos. Sin embargo, el antiguo ritual se convirtió de pronto en catástrofe. Cuando subió Spol a la tarima, el sonido del rock comercial enfureció al público enardecido. Vasos desechables llenos de arena comenzaron a volar por los aires y a asestar con contundencia, hasta que entraron la policía y los bomberos. Los golpes de los bolillos y el empuje de las mangueras de alta presión terminaron por desalojar la plaza, y cada quien tomó rumbo a los diferentes lugares de la ciudad de los que habían llegado.

Selene se entusiasmaba contándome esas historias junto a la fuente de agua del Parque Bolívar, frente al atrio de la Catedral, mientras yo las recreaba en mi imaginación, a su lado, suavemente bañado por el agua salarina, atomizada por la brisa. Ella relatando su mundo y yo escuchándolo, pasábamos horas. Con el tiempo, esas palabras habladas y oídas fueron cargándose con el peso del deseo. Algunas veces, entre tragos, nos habíamos besado, pero luego caíamos dormidos y, al día siguiente, nadie se acordaba de nada.

En uno de los conciertos organizados por Vicky y Piedad, las chicas de Fértil miseria, había debutado Sacrilegio, el grupo de metal al que pertenecía mi primo Caloma. Contrario a muchas bandas, formadas por jóvenes del mismo barrio, Sacrilegio era una mezcla de sectores y estratos sociales de la ciudad. El vocalista y líder del grupo era el Vikingo, un tipo fuerte y de voz recia, proveniente del sur del valle. El guitarrista, Nando, era del barrio Belén, y el bajista, del exclusivo sector de Suramericana.

Caloma tocaba la batería y era el más fuerte de todos. Tenía un cuerpo trabajado por el levantamiento de pesas y les pegaba a los tambores sin ninguna vergüenza, con un sonido primario y categórico. Por sus frecuentes viajes a Miami, tenía todo lo relacionado con discos, calcomanías y camisetas de los grupos de metal más populares. Sin embargo, ninguno tan pesado como Sacrilegio, quizá el más de la escena local. La vocalización gutural del Vikingo era única, y la fuerza que imprimía en las presentaciones en vivo no era fácilmente igualable. Los cuatro integrantes se habían conocido en la única sala de ensayos del momento, propiedad de Luis Emilio. Allí, Caloma se contactó con Álvaro Molina, el mejor

Yo había conocido el punk de la ciudad a través de la película *Rodrigo D – No futuro*, en cuya banda sonora se habían reunido las expresiones musicales de los jóvenes de aquel entonces. Eran los tiempos del narcotráfico y sus tentáculos habían encontrado en los muchachos de los barrios sus perfectas extensiones.



fabricante de baterías hechizas de la ciudad: carretes de cartón industrial hacían las veces de marco para el tambor, y placas de radiografías templadas daban forma a la superficie de percusión.

Mi primo le compró a Álvaro una batería completa, pero mi tía, al ver que el aparatoso instrumento deslucía en una de las elegantes habitaciones de su casa de Laureles, se las arregló para que pronto fuera sustituido por una batería profesional. Fue así como Álvaro y Caloma dieron con una Slingerland de segunda, de doble bombo, rasgo esencial para redoblar la potencia de los bajos en el género. Quizá porque los parches de los tambores estaban cristalizados por el desuso anterior, Caloma los rompió en la segunda presentación, esta vez en la plaza de toros de Rionegro. El público enfureció por la espera del recambio de tambores y hubo quien lanzó botellas al escenario, pero luego de oírlos tocar sus cuatro temas, les pidieron que los repitieran uno tras otro: “Podredumbre”, “Inmundicia”, “Guerrero infernal” y uno más, instrumental. El grupo fue efímero, tanto, que cuando fueron invitados a grabar para el lado B de la banda sonora de la película, de los miembros originales, solo el Vikingo participó.

Con el tiempo, de los cuatro integrantes de Sacrilegio, dos murieron asesinados: Nando y el Vikingo. El primero a manos de grupos de limpieza social, que al parecer veían con muy malos ojos el humo verde de la marihuana que Nando fumaba en la acera de su casa. El segundo, por un lío con una chica en el barrio de Santa María. Mi primo Caloma murió años después en un accidente de aviación. Solo el bajista sobrevivió. La señora muerte siempre está lista para llamar a cada quien.

Fue entonces cuando decidí lanzarme al pogo, sabiendo que Selene estaba en algún lugar del torbellino. Ya con algunas canas encima, el baile me acogió con sus puntapiés, puños y estrujones inesperados, que hacían torcer el cuello. Un golpe en las costillas casi me pone contra el piso, y un brazo que de rebote pasó rozando mi cara me tumbó las gafas. No pude agacharme a recogerlas por la fuerza de la corriente, de modo que entrecerré los ojos y comencé a pegar con más fuerza pero sin rabia, contagiado de la descarga de sentimientos, que me unía a quienes bailaban a mi alrededor, con las montañas sagradas al fondo. Me figuré que todos juntos golpeábamos la muerte, enfrentándola directamente, al igual que en una famosa pintura japonesa, donde los pescadores sacan sus barcas al mar para hacerle frente al tsunami que se avecina. Con las grandes olas sobre ellos, los pescadores invocan las oscuras fuerzas del monte Fuji.

Salí despedido del pogo, que se frenó en seco cuando los músicos se despedían del público. Selene volvió de nuevo a mi lado, despelucada y sudando, y la recibí con un trago de ron.

—Vení, te presento a unos amigos —me dijo.

Avanzamos hacia la tarima y ella me tomó de la mano al momento de pasar, con decisión, la barrera que separaba el público del personal técnico y los artistas.

Al escuchar que lo llamaban, Ringo, el baterista, se acercó incrédulo. Cuando por fin reconoció a Selene, después de muchos años de no verla, una enorme sonrisa se dibujó en su cara. Se dieron un abrazo largo y luego nos presentó.

Me sorprendió sentir que a Ringo le faltaban algunos dedos de la mano derecha, pero de inmediato lo asocié con una historia de Selene ya casi olvidada. Alguna vez me había contado que uno de sus amigos se había estropeado los dedos y estaba en duda para seguir tocando. Un frasco de pólvora, sustraído del laboratorio de química del colegio, le había explotado encima cuando jugaba peligrosamente con él.

Con Ringo en frente, me costó sustituir la imagen mental del joven punke-ro, flaco como todos, que tenía en mi recuerdo imaginado, con la figura ya gruesa y avejentada de uno que ya andaba a mediados de la cuarentena. Era la misma edad de Ötzi, el hombre de hielo, y a la que yo llegaría en unos pocos años. Ringo y sus compañeros de la banda, sin embargo, habían sobrevivido, y el hecho de estar del otro lado los hacía ver más cerca de la plenitud. Quizá de eso se tratara todo, de sobrevivir.

Las luces de la montaña nororiental, al otro lado del gran valle, se proyectaban en líneas verticales de dudosa perspectiva. Las calles paralelas que ascendían por la ladera, en vez de ir a juntarse en un punto de fuga, parecían querer seguir separadas

buscando el cielo. A la altura de las costillas de la cordillera, un cúmulo de niebla de forma alargada anunciaba la humedad de la próxima temporada de lluvias.

Compartimos con los de la banda unos tragos de ron. Y, en un momento, alguien prendió un cigarro de marihuana, que fue pasando de mano en mano. La combinación del alcohol con la yerba creó un verdadero pogo dentro de mi cabeza.

Mientras ellos recordaban historias de paseos de acampada en los viejos tiempos, yo me sumergí en uno que hice con Selene y otros amigos, en el que ubicamos nuestro refugio en un pequeño alto, al que rodeaban dos arroyos, a cuyas orillas bajábamos a beber o a recoger agua para cocinar en las mañanas. Mientras se llenaban las ollas, Selene y yo escuchábamos el canto de los turpiales amarillos, tumbados en la grama, entregados a la imaginación o incluso al sueño a veces, cuando no había prisa. Al medio día solíamos caminar hasta un pozo natural, sombrío y helado, donde, al nadar, uno podía sentir esos secretos que atesora el agua salvaje que brota de las peñas. Al lanzarnos desde la pared de roca sobre el agua negra, alcanzábamos a tocar con los dedos de los pies la tenebrosa hojarasca que cubría el fondo arenoso. Durante el ascenso a la superficie, la piel de nuestros cuerpos brillaba en la oscuridad del pozo.

En medio de las risas y de la alucinación general, miré a lo lejos el barrio, en la montaña opuesta, espejo del nuestro, y me pareció que estaba todo encendido en rojos, temblando, sin iras ni culpas, mientras el cielo cambiaba de color, como una corona sobre la cordillera, desgranando luceros que caían lentamente dentro de la gran hondonada. Selene y yo nos fuimos acercando hasta abrazarnos, y pronto nuestras bocas se encontraron. ■

Ignacio Piedrahíta (Colombia)

Vive en Medellín. Geólogo de la Universidad Eafit y escritor. Ha publicado, entre otros, el libro de cuentos *La caligrafía del basilisco* (1999), el libro de viaje *Al oído de la cordillera* (2011) y la novela *Un mar* (2006). Es colaborador de la Revista Universidad de Antioquia y del periódico Universo Centro.